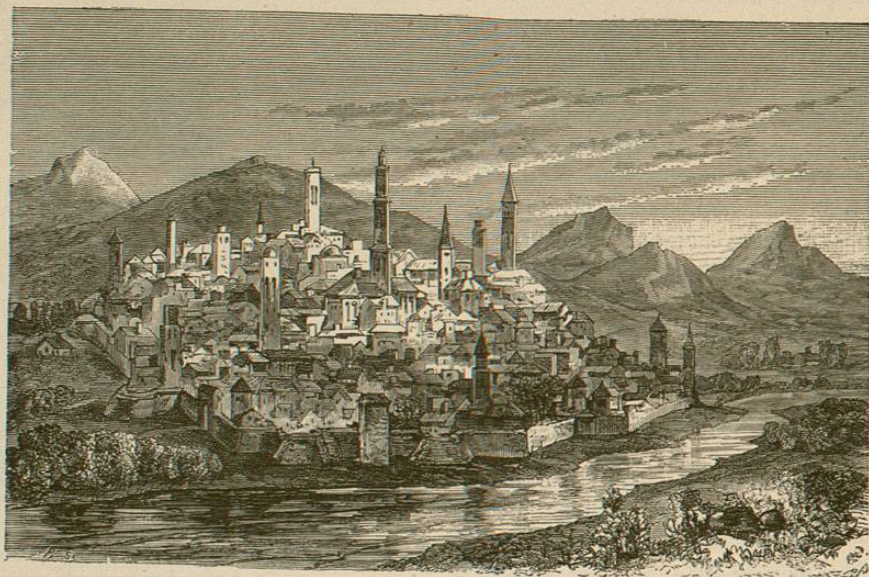


en sus actos discorde con sus pensamientos! Después de haberse comprometido enfrente del senado y del pueblo en el negocio de Saturnino, se desterró voluntariamente; después de haber hecho bastante daño á los italianos para que éstos vieran en él un enemigo, no el bastante, sin embargo, para que Roma se lo agradeciera, renunció el mando á pretexto de achaques que no le permitían la vida activa de los campamentos, y se retiró pesaroso y corroído por la envidia á su casa de Miseno. Sila iba á ocupar el puesto que Marió abandonaba, y á fundar su fortuna en esta guerra, donde su rival había perdido la suya.

Durante estos movimientos de los ejércitos en la Campania y en el país de los marsos, hubieron de ir dos pretores á mostrar á los úmbríos y etruscos los estandartes romanos, como también á castigar á dos ciudades, Fiesole y Ocrículo, que se habían declarado por los italiotas (1).

El senado eligió este momento de buena fortuna para hacer una concesión, que no pareciera arrancada por la fuerza,



Asculo (2)

confederados del Norte; Pompeyo en el Piceno, Catón cerca del lago Fucino. Sila, legado consular de Porcio, y Julio César, que quedó á la cabeza del ejército del Mediodía como procónsul, debían expulsar á Papio Mótulo de la Campania; los pretores Cosconio y Lucceyo, cubrir las ciudades de la Pulla, y Gabinio estar á la defensa de las de Lucania. Fuerzas considerables dadas á estos generales los pusieron en aptitud de corresponder á las esperanzas de Roma.

Porcio penetró efectivamente en el país de los marsos y los batió muchas veces; pero cayó mortalmente herido en el ataque de un campamento cerca del lago Fucino (3). Los marsos se aprovecharon de esta ventaja para enviar un ejército á la parte de Etruria y tentar de nuevo á los pueblos para que se sublevaran. Pompeyo, que bloqueaba á Asculo, salió de su campamento, batió al cuerpo expedicionario y volvió á estrechar más la plaza. Yudacilio se abrió paso, sin embargo, al través de sus líneas: Asculo era su patria, y quería salvarla ó perecer con ella. En la ciudad no encontró más que desaliento, y juzgando entonces perdida la causa

(1) Flor., III, 18; Tito Livio, *Epit.*, LXXIV. Ocrículo, que debió á su situación en la vía *Flaminia* una prosperidad muy duradera, se llama en algunas inscripciones *splendidiissima civitas*.

(2) De un grabado del siglo XVI. Bibl. Nac.

(3) Acaso le dió muerte el joven Mario, porque Porcio había hablado mal de su padre (Oros., V, 18; Vel. Pat., II, 16).

y en su virtud la ley *Julia* del cónsul César concedió el derecho de ciudadanía á todos los habitantes de las ciudades fieles que, en el término de sesenta días, fueran á Roma á declarar solemnemente ante el pretor, que aceptaban los derechos y deberes del *jus civitatis* (90). Esta concesión que fortalecía la fidelidad de los unos y excitaba los sentimientos y esperanzas de los otros, fué uno de los golpes más hábiles dados á la confederación italiana. Para vencer, dividía Roma á sus adversarios: era su antigua y siempre afortunada táctica.

III. - SEGUNDO Y TERCER AÑO DE LA GUERRA SOCIAL (89-88)

Sorprendida el primer año de la guerra, no había tenido Roma al principio más que reveses; pero en los últimos tiempos se balancearon ya las ventajas por una y otra parte, y el segundo año comenzó por una ofensiva general. Los nuevos cónsules Cn. Pompeyo y Porcio Catón hicieron frente á los

de los aliados, mandó preparar delante del templo principal una hoguera, hizo poner un lecho encima de la leña, y después de un festín, tomó un veneno y ordenó á sus amigos que le pegaran fuego.

Aquellos valientes soldados tenían costumbres fieras y los hombres de aquel tiempo amaban la venganza. Yudacilio había enviado previamente á la muerte á todos los habitantes de la ciudad sospechosos de desear la paz. Los demás no tuvieron mejor suerte, pues cuando Asculo abrió sus puertas el vencedor no perdonó más que á las mujeres y á los niños.

Para salvar este baluarte de la liga, se había acercado con grandes fuerzas V. Escato. Los dos ejércitos hubieron de vacilar algún tiempo en combatir. Se entró en negociaciones, y Cicerón, que hacía entonces su primera campaña, asistió á la conferencia entre Escato y el hermano del cónsul, que había tenido con el italiota lazos de hospitalidad. «¿Qué nombre te daré? le preguntó Sexto Pompeyo. - Lláname tu huésped, contestó el marso. De intención lo soy aún, bien que por necesidad sea tu enemigo.»

No hubo medios de entenderse y se separaron. La acción fué terrible y la retirada de los italianos desastrosa: huían en medio del invierno por las cumbres de las montañas, y Pompeyo, que los seguía de cerca, encontró cohortes enteras, que habían caído de hambre y de fatiga sobre la nieve

y no se habían levantado. Escato mismo, su jefe, había perecido entre ellos. Hízose correr sobre su muerte una narración, que Séneca, el gran declamador de sentencias filosóficas, ha recogido. «Hecho prisionero, fué conducido ante Pompeyo, cuando un esclavo suyo que lo seguía, arrancándole la espada á un soldado de la escolta, lo hirió exclamando: Libertó á mi amo. Y ahora me libertó yo. Y se dió muerte también.» Es bien dramático, pero no imposible.

La derrota de V. Escato trajo la sumisión de todos los pueblos de esta costa, los marrucinos, los vestinos y los pelignos, que se rindieron á discreción (1): los marsos mismos depusieron las armas. A su vuelta á Roma, obtuvo Pompeyo el triunfo: detrás de su carro marchaba un niño, que debía ser un día cónsul, Asculano Ventidío.

En Apulia, el pretor Cosconio había batido también á Egnacio, el más hábil general de los aliados, que quedó en el campo de batalla, como igualmente Trebacio, aunque en otro hecho de armas. La mayor parte de las ciudades le abrieron sus puertas y en dos días sometió á los peucecios al Norte de Tarento y Brindis. Cuando Metelo Pio recobró á Venusia, estaba pacificada la provincia entera (2).

Muerto César de enfermedad al principio de su consulado, todo el peso de la guerra en la Campania hubo de recaer sobre Sila, habiendo mostrado en esta campaña su actividad y arrojo habituales: Estabies, que recibió sus primeros golpes, quedó destruída, y Herculano y Pompeya se rindieron. Cerca de Pompeya, forzó después de un amago las líneas del samnita Cluencio y lo persiguió hasta los muros de Nola. Allí encontró un campamento formidable y por poco no perecen allí en un ataque imprudente buena parte de sus legionarios; pero los salvó y recibió de ellos la más noble de las recompensas militares, la corona obsidional (3). Cluencio hubo de perecer en la refriega.

Refiere Tito Livio, sobre esta campaña, un hecho muy raro en la historia militar de Roma: el comandante de la flota Postumio Albino, que debía combinar sus movimientos con los de Sila, fué muerto por unos malvados que lo acusaban de traición. La acusación era sin duda falsa, pero aquellos soldados de marina reclutados en lo más bajo, no tenían á la disciplina el inveterado respeto que los legionarios (4). «Esos hombres son míos, dijo Sila, ahora que han cometido un crimen.» Y en castigo exigió de ellos una victoria, que le dieron efectivamente en la derrota de Cluencio.

Con la triple victoria de Pompeyo al N. E., de Sila al S. O. y la de Cosconio al S. E., estaban los aliados como en la primera guerra samnita, arrojados de las llanuras que se extienden al pie del Apenino. Ni la Umbría ni el Piceno, ni la Campania ni la Pulla veían ya enemigos: la guerra iba á concentrarse en la montaña. Desde la sumisión de los pelignos, los aliados habían trasportado á Boviano su senado y la residencia de su gobierno. Pompeyo Silo se puso

(1) Tito Livio atribuye la sumisión de los marsos, *aliquot praeliis fracti*, á Murena y á Metelo Pio. Veleyo Patérculo (II, 21) da á los aliados en esta batalla más de sesenta mil hombres y setenta y cinco mil á los romanos. Hay evidente exageración. Apiano (*Bell. civ.*, I, 50) no habla más que de 5,000 muertos.

(2) La toma de Venusia es acaso del año siguiente, del 88. Cf. Diod., fragm. XXXVII.

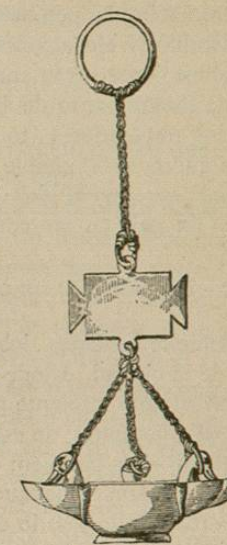
(3) Apiano (I, 50), por la primera vez desde el principio de la guerra, nos da aquí números: treinta mil hombres muertos en la derrota y veinte mil en el segundo combate.

(4) Sin embargo, este espíritu de disciplina se debilitaba. Ya hemos tenido de ello muchas pruebas y se encuentra otra en esta guerra; Porcio Catón hubiera sido apedreado por sus soldados insurgentes, si hubieran encontrado piedras en los labrados en que acampaban, por lo cual se contentaron con tirarle terrones que no le hicieron ningún daño (Dion. Cas., fragm. 100).

á la cabeza de las fuerzas que les quedaban, y que no pasaban de treinta mil hombres (5); pero llamó de todas partes á los esclavos á la libertad y armó de ellos hasta 21,000. Papio Mótulo había recurrido al mismo expediente en la Campania, Yudacilio en la Pulla y el último ejército italiano procurará sublevar los esclavos sicilianos: la misma Roma había armado á sus libertos: era una guerra servil, tanto como social. Pompeyo quiso darle también carácter extranjero pidiendo ayuda á Mitridates, que recibía al mismo tiempo las solicitudes secretas de los provinciales de Grecia, de Africa y de Asia. Era ya tiempo de que Roma sofocara esta guerra, porque todos los oprimidos iban á levantarse y á unirse: Sila dió los últimos golpes.

De la Campania pasó al país de los hirpinos para cortar las comunicaciones entre los samnitas y los lucanos y les tomó á Eclanum (al E. de Benevento) que entregó al pillaje, porque había vacilado una hora en abrirle sus puertas; pero perdonó á las demás ciudades de este pueblo, que rindió las armas. Ahora estaba resuelto á penetrar hasta el corazón del Samnio; y engañando á Mótulo con hábiles maniobras, salvó las montañas, que se tenían por impracticables y apareció repentinamente en las inmediaciones de Esernia. El cónsul italiano acudió luego al punto para salvar esta importante plaza; pero fué vencido y volvió mortalmente herido á la ciudad. La toma de Boviano, segunda capital de la liga, terminó esta afortunada campaña, en que Sila había ganado el consulado. Ciertamente Pompeyo Silo recobró esta plaza, á consecuencia de un combate de que salió vencedor, haciendo en ella una entrada triunfal, con toda la pompa desplegada en estas circunstancias por los generales romanos; pero poco tiempo después murió en otro combate queriendo sublevar otra vez más la Apulia. (Fin del año 89) (7).

La ley Plaucia Papiria (8) que extendió el beneficio de la ley *Julia* á todos los habitantes de las ciudades federadas des-



Lámpara de bronce encontrada en Estabies (6)

(5) Diodoro (XXXVII, 2) llama *μεγάλη δύναμις* á este ejército de treinta mil hombres, que se había reunido con mucha dificultad llamando á todos los que habían servido ya: los ejércitos en aquella guerra no eran pues tan fuertes como los retóricos han dicho. Floro (III-18) supone esta guerra más formidable que la de Aníbal, y Veleyo Patérculo afirma que costó á Italia trescientos mil hombres; pero ¿no hace subir las fuerzas de Cina, en 84, á treinta legiones y la pérdida de las dos guerras serviles á un millón de esclavos? Excepto una sola vez, Apiano no habla sino de pérdidas poco considerables. César delante de Esernia pierde 2,000 hombres; Perperna 4,000; Craso 800; Mótulo 6,000; los marsos, en la doble batalla ganada por Mario y Sila, 6,000; César, procónsul, teniendo 20,000 hombres, le mata al enemigo 8,000; Pompeyo 5,000, ó la tercera parte del ejército italiano. Apiano no habla más que de los 145,000 hombres que V. Patérculo pone en acción á las respectivas órdenes de Pompeyo y Escato.

(6) Esta lámpara de dos mecheros encontrada en Estabies en 1782, se conserva en el Museo de Herculano. Cuando se encontró, estaba aún la mecha ó torcida en el interior del recipiente, después de diez y siete siglos. (Roix: *Herculano y Pompeya*, t. VII, 3.ª serie, p. 39.)

(7) Tito Livio (*Epit.*, LXXV) dice que murió en un encuentro con Mamercio Emilio y pone después de su muerte la toma de Asculo. En verdad es demasiado tarde.

(8) He aquí el texto transcrito por Cicerón (*pro Archia*, 4): *Data est civitas... si quis federatis civitatibus adscripti fuissent; si tum, cum*

de el Po hasta el estrecho de Mesina, otra del cónsul Pompeyo Estrabón (89), que concedió el *jus Latii* a la Traspadana, y sobre todo la hábil moderación del senado en hacer uso de la victoria, quitaron a lo que aun quedaba de esta guerra toda fuerza y todo peligro.

Los jefes de la insurrección habían perecido; el senado italiano refugiado en Esernia se había dispersado: solamente los samnitas, los lucanos y algunas ciudades se mantenían aún en armas, como por ejemplo Nola, que Sila ya cónsul fué a sitiarse. Numerosas bandas recorrían también el Apenino, y con la esperanza de despertar aún la guerra servil en Sicilia, estas partidas intentaron tomar la plaza de Regio; pero habiendo fracasado su proyecto por la vigilancia del pretor C. Norbano, penetraron en los impracticables bosques de la Sila, de donde salieron para mezclarse en la sangrienta rivalidad de los partidarios de Sila y Mario. Entonces nuevas desgracias, consecuencias de las primeras, caerán sobre la península italiana: proscripciones para los individuos y ejecuciones militares para las ciudades. Los pueblos conservarán amargo recuerdo de esta lucha en que tanta sangre corrió de Roma y de toda Italia. En tiempo de los emperadores, todavía se hablaba de ella como de una guerra más temible que las de Anibal y Pirro, *neq Anibalís nec Pyrrhi fuit tanta vastatio*. Y en efecto, nunca tuvo un país en tan corto tiempo tantas muertes y ruinas.

IV. — EL DERECHO DE CIUDADANÍA DADO A LOS ITALIANOS

Aunque vencidos, los italianos habían forzado las puertas de la ciudad. Ahora no serán ya extranjeros en Roma, ni un tribuno insolente podrá expulsarlos de ella como antes; de esta gloria, de este imperio del pueblo romano participarán ellos también: el Foro les pertenece; el mundo es de ellos... son ciudadanos.

Pero, cuando pasado el júbilo de los primeros momentos, volvieron a leer las leyes *Julia* y *Plautia*, que a tantos de ellos habían quitado las armas de las manos, cuando vieron que era menester pasar a Roma, en el término de sesenta días, a dar sus nombres al pretor, muchos juzgaron que el viaje era muy largo y el término muy corto (1). Sin embargo, los ricos se apresuraron a ir y la muchedumbre vagabunda, no retenida por nada en sus hogares, se dió prisa también en partir; pero los que quedaban en Italia de gente acomodada, los hombres de la clase media hubieron de vacilar. Los caminos no eran seguros; partidas armadas recorrían el país en todas direcciones y se daban al pillaje, no pudiendo combatir; y luego, en las ciudades griegas, el mayor número tenía cierta repugnancia en abandonar las

lex ferebatur, in Italia domicilium habuissent, si sexaginta diebus apud pretorem essent professi. Este plebiscito fué propuesto por los dos tribunos M. Plaucio Silvano y C. Papirio Carbo. Tres pretores recibieron las declaraciones, Apio Claudio Pulcher, P. Gabinio Capito y Q. C. Metelo Pio. «Apio, dice Cicerón, llevaba con negligencia sus registros, y la ligereza de Gabinio quitó a los suyos todo crédito.» La ley *Julia* había dado el *jus civitatis* a todos los aliados fieles; la ley *Plautia* lo concedió a todas las ciudades federadas, pero algunas ciudades prefirieron sus costumbres particulares; la ley *Plautia Papiria*, para crear en estas ciudades un partido romano, permitió que se fuera a Roma individualmente a tomar el título.

(1) El uso, reglamentado más tarde, de aceptar en Roma el censo entre los *fundani* ante los magistrados municipales, existía acaso ya, lo que habría disminuído el número de estas expediciones, que podían reducirse aún más, por la facultad que parece haberse concedido en otras circunstancias de hacerse representar (Var., *de Ling. lat.*, VI, 86); pero no todos tenían medios, y muchos creyeron que el más seguro era obedecer estrictamente la ley. La designación de los tres pretores prueba que hubo necesidad de tomar medidas extraordinarias que facilitaran el registro de los nuevos ciudadanos.

leyes de sus padres, adecuadas a sus costumbres, a sus ideas, a su industria, para sustituirlas con las de una ciudad que sólo amaba la guerra y despreciaba el comercio (2). La ambición llamaba a los nobles a Roma, la miseria impelía allá a los pobres, y corrieron a la gran ciudad; pero el pequeño propietario se quedó en su campo y el negociante de Nápoles, de Heraclea y de Puzolo en su ciudad. Cuando expiró el término el pretor no había registrado más que una escasa minoría (3), acaso menos de ochenta mil hombres.

Pero otra decepcion esperaba en Roma a los nuevos ciudadanos: en vez de ingresar en la clase de las treinta y cinco tribus, se crearon para ellos, según el antiguo uso, tribus nuevas (ocho ó diez) que votaban en último lugar; de manera que los antiguos ciudadanos conservaban su influencia en los comicios. Bajo el punto de vista político, los italianos no obtuvieron pues de esta concesión más que una ventaja ilusoria; en el orden civil, habiendo pasado el reinado de las leyes, no les dió tampoco este título ni más garantías contra la opresión ni más seguridad. Sin embargo, su admisión al derecho de ciudadanía fué uno de los más grandes acontecimientos de la historia de la república y un paso inmenso dado por ella en la vía de la igualdad.

(2) El *jus civitatis* debía aceptarse formalmente por el pueblo que lo obtenía: este pueblo venía a ser entonces *fundus* (Cic., *pro Balbo*, 8) y sus habitantes eran *fundani*. Pero no se podía ser ciudadano de Roma y de otra ciudad; era preciso optar: Cicerón lo dice expresamente (*pro Caccina*, 34, y *pro Balbo*, 13).

(3) Es opinión generalmente adoptada que toda Italia tuvo entonces el *jus civitatis*. Sin embargo, Cicerón, en *pro Balbo*, no habla más que de ciertos pueblos asociados a la ciudad romana, y cita una concesión de este derecho hecha por Craso a un habitante de Alatri, y la ley *Papia*, que expulsó otra vez más de la ciudad, el año 66, a los *peregrini*, como lo había hecho ya la ley Licinia-Mucia. En fin, el censo que antes de la guerra daba 394,136 ciudadanos, sólo da, en 86, 463,000. Ciertamente esta guerra costó, dice Veleyo Patérculo (II, 15) 300,000 hombres a los italianos y otros tantos a los romanos, es decir, en dos años más del doble de la segunda guerra púnica; pero ya he demostrado la exageración de estos números, añadiendo los que da Apiano para los muertos abandonados en el campo de batalla y recordando que, si en una época en que Italia estaba más poblada que durante la guerra social, los mismos pueblos no habían podido alistar 200,000 hombres, no pudieron perder 300,000 en esta guerra. La razón sacada de las pérdidas sufridas por Italia en esta guerra, no puede, pues, dar cuenta del flaco resultado del censo. No hay más que una explicación posible y es que no toda la Italia tenía el derecho *civitatis*. Muchas ciudades federadas, como Nápoles y Heraclea (Cic., *pro Balbo*, 8), vacilaron en aceptarlo, ó lo rehusaron como Puzolo (Cic., *de Leg. agr.*, II, 31), como lo habían rehusado ya tres ciudades hérnicas en 306 (Tito Livio, IX, 43). Brindis no lo tuvo, porque Sila, a su vuelta de Asia, *ἔδωκεν ἀπέλειαν* (Ap., *Bell. civ.*, I, 79). Muchas otras eran como Brindis, pues a la aproximación de Sila, pide Cina socorros a todas las ciudades de Italia, sobre todo a las que acababan de recibir el derecho *civitatis* (Ap., *Bell. civ.*, I, 76). También estaba su ejército dividido, no en legiones, sino en *cohortes*, porque constaba de más aliados que ciudadanos. Plutarco (*Mar.*, 35) dice: «Sométidos ya los italianos, no se habló ya de la concesión del derecho de ciudadanía.» Veleyo Patérculo (II, 17): *Victis afflictisque... quam integri universis civitatem dare maluerunt*. Y veremos a Sulpicio venderlo a quien quiera comprarlo, y a Carbón, en 84, hacer con él agasajos ó gratificaciones (Tito Livio, *Epit.*, LXXXIV). El *Eplome* de Tito Livio dice expresamente de los marsos, vestinos y pelignos: *in deditionem accepti*, es decir, reducidos a la condición de súbditos; de los hirpinos, *domiti*; los lucanos, en armas todavía en tiempo de Lamponio y Clepcio, y los samnitas, en el de Poncio Telesino, no podían haber recibido tal derecho. Después de estas explicaciones, se comprenderá cuán erróneos son los cálculos de estadística que se han deducido de este dato: que teniendo toda Italia este derecho, el total del censo en Roma permitía establecer exactamente el de la población misma de Italia. Niebuhr ha dicho (t. I, p. 387) en sus lecciones publicadas en Londres: *It is a very common but erroneous opinion that the lex Julia conferred the privilege of Roman citizens upon the Italians, who, in fact, never acquired those privileges by any one law, but gained them successively one by one.*

En vez de ser Roma todo el Estado, iba a ser en breve sólo su capital; y luego, si parte de los italianos venían a ser quírites, los provinciales podrán también serlo un día: los tratados lo permiten ya a los sardos, a los españoles y a los africanos; los germanos y los yapodes, es decir los pueblos demasiado bárbaros aún, son los únicos formalmente excluidos (1).

Esperando esta inevitable revolución, los italianos que acuden a su nueva capital, van a aumentar allí el ruido, la multitud y el desorden. Ya hemos dicho que nuevos elementos se habían añadido a la población de la ciudad: algunos ricos que se unieron a la aristocracia, como Asinio Polión,

el nieto acaso de un jefe de los marrucinos muerto por Mario, y todos los mendigos que quieren participar de las distribuciones gratuitas y vender al mejor postor los nuevos derechos que se confieren. Ciertamente no había pasado esta guerra sin conmover profundamente a la sociedad romana: abajo, había habido una aproximación entre todos los oprimidos; arriba habían reconocido los nobles la necesidad de ampliar el derecho. Estos dos hechos tendrán después sus resultados; mas por el momento, el italiano no ha ganado en realidad más que un título, ni Roma tampoco más que reclutas para los tumultos y las guerras civiles. Esta muy luego estallará.

CAPÍTULO XLIII

RIVALIDAD DE MARIO Y DE SILA

I. — COMPETENCIA DE MARIO Y SILA SOBRE EL MANDO DE LAS FUERZAS PARA LA GUERRA CONTRA MITRIDATES

Sila había crecido mucho desde el día en que simple cuestor de Mario, había puesto fin a la guerra de Numidia. Con esa superstición de todos los grandes hombres que creen en la fortuna, es decir en su genio, había guardado piadosamente el recuerdo de este primer favor de los dioses; ni en toda su vida tuvo otro sello que la medalla que representaba a Bocco entregándole a Yugurta (2). Mario no se resintió al principio por esta especie de exclusivismo y en la guerra de los cimbro lo eligió por lugarteniente, y lo vió sin despecho ganar una victoria sobre los tectósagos. Hasta el año 102, cuando Mario se valió de Saturnino y de malos manejos para obtener el cuarto consulado, no hubo de reflexionar su teniente sobre su posición cerca de él, y entonces, recordando que era de una ilustre familia patricia, rehusó servir más tiempo a un advenedizo que quería hacer del consulado una monarquía, sin tener siquiera en cuenta la paciencia de los nobles. Con esto fué a ofrecer a Catulo sus talentos y su actividad y contribuyó muy eficazmente al vencimiento en la batalla de Vercelli (101).

Sin embargo, estubo siete años sin poder hacerse notable, olvidando, a pesar de su edad, la ambición en los placeres. A los cuarenta y cuatro años no había podido obtener aún la pretura, por lo cual se decidió a comprarla, y cuando la obtuvo, a fin de granjearse la voluntad del pueblo para el porvenir, hubo de darle juegos magníficos. Cien leones, presente de Bocco, salieron a la arena del Circo, por munificencia de Sila (93).

El año siguiente, siendo propretor en Cilicia, hizo dos cosas, que atrajeron sobre él la atención del Oriente y los aplausos del pueblo. Con un pequeño ejército, restableció en el trono de Capadocia a Ariobarzanes I, a quien había destronado Mitridates; y el rey de los partos Arsaces IX, llamado el Grande por sus conquistas, se dignó enviarle un embajador ofreciendo su amistad y solicitando la de Roma, y Sila hubo de recibir con tan majestuosa altivez al envia-

(1) Cic., *pro Balbo*, 14-18. Los insubres y helvecios y algunos bárbaros de la Galia estaban también excluidos. Al mismo tiempo que se hacía esta concesión a los aliados, el tribuno Plaucio Silvano (89) hizo pasar un plebiscito que inhiaba a los calalleros del conocimiento de las causas de alta traición.

(2) *Traditione Jugurtha semper signavit* (Plin., *Historia natural*, XXXVII, 4).

do real, que éste volvió diciendo a su amo y señor que ciertamente los romanos eran un pueblo-rey.

Esta vez sí se enojó Mario, porque él también había ido al Asia, pero la había atravesado sin llamar la atención, mientras su antiguo subalterno ganaba fama y gloria. Un incidente vino luego a trocar este sordo rencor en violenta enemistad: Bocco había consagrado en el Capitolio un grupo de estatuas representando el hecho grabado en el anillo de Sila; y Mario que lo supo dijo en son de amago que iría él mismo a arrojarlas del templo. Sila a su vez juró que él lo impediría, y ya se preparaban a un acto de violencia, cuando ambos a dos tuvieron que partir apresuradamente para la guerra de los marsos. Las circunstancias que con frecuencia los aproximaban, no hacían más que envenenar sus odios. Hemos hablado ya de la muelle conducta del uno y de los brillantes servicios del otro: Todo el honor de esta guerra vino a recaer en Sila; y no bien estaba terminada, pues se mantenían aún en armas los de Nola, los samnitas y los lucanos, cuando ya recibió la recompensa de su celo y de sus victorias. El pueblo estubo unánime en darle el consulado y el mando de las armas en la guerra contra Mitridates (88).

Pero había un hombre que aspiraba también a este lucrativo mando, y para obtenerlo deshonraba sus canas y su antigua gloria. Mario tenía entonces sesenta y ocho años, había hecho edificar recientemente una casa enfrente del Foro, y todos los días iba al Campo de Marte a los ejercicios de la juventud romana, corriendo a caballo y lanzando el dardo, como para probar que la edad no había debilitado sus fuerzas ni amenguado su destreza, ni menos le quedaba cosa de achaque de los que se quejara cuando tenía que combatir a los marsos.

Pero el mismo pueblo veía con piedad aquella ambición senil (3) y se le enviaba a su voluptuosa casa del cabo Miseno ó a tomar las aguas de Bayas. Tuvo pues que recurrir a otros medios.

Los nuevos ciudadanos hubieron de comprender muy pronto las intenciones del senado: sus ocho votos los dejaban siempre en minoría, y sus nobles se quejaban de no te-

(3) Los hombres de bien tenían compasión de su avaricia y de su ambición, en atención a que habiendo llegado de pobre a ser muy rico y de pequeño muy grande, no sabía fijar un término al curso de su prosperidad, ni se contentaba con ser estimado y honrado gozando en paz y en reposo lo que ya había adquirido (Amyot, seg. Plut., *Mario*, 64).